Educar en la esperanza

El papa Francisco propone un pacto global en clave de fraternidad, paz y justicia

ROSA MARÍA JANÉ CHUECA

Las escuelas han hecho grandes esfuerzos para garantizar que son espacios seguros.

La educación es uno de los temas que preocupa especialmente al papa Francisco, como ha evidenciado a lo largo de su pontificado. El 15 de octubre nuevamente trataba la cuestión con la invitación de sumarse al Pacto Educativo Global para generar «un cambio de mentalidad a escala planetaria para que la educación sea creadora de fraternidad, paz y justicia».

Para Carles Rubio, coordinador de referencia de las escuelas de Cataluña, Baleares y Huesca de la inspectoría salesiana María Auxiliadora, «debemos reinventar la educación y debemos hacerlo con la participación de todos: directivos, docentes, estudiantes, familias, la sociedad civil, intelectuales, deportistas, artistas, políticos, administradores, con mentalidad abierta y espíritu de diálogo. Y todo esto debe hacerse con valentía e impulso para "formar personas que se pongan al servicio de la comunidad", como nos dice el papa Francisco. La escuela es un pilar fundamental para la construcción de una nueva cultura humanizadora, generadora de esperanza e impulsora de relaciones fraternas».

El Papa habla de «procesos creativos» que, según Rubio, pasan por «articular inteligentemente todo lo bueno que las pedagogías de hoy nos ofrecen, combinado con los tesoros pedagógicos que nuestra tradición de escuela cristiana ha ido acumulando a lo largo de su historia. Una pedagogía que ayude a despertar las conciencias críticas y que impulse la acción comunitaria. Procesos que transformen las dificultades en posibilidades, huyendo de la mercantilización del saber, de la hiperregularización de los currículums, de fiarlo todo a la presión de las evaluaciones externas con vocación clasificadora».

En este sentido, apunta algunas intuiciones: huir de la lógica del poder dominante que persuade a la ciudadanía para que se instale en el silencio, en la pasividad y en el pesimismo, «la escuela debe recuperar el discurso utópico»; trabajar por la inclusión y la equidad; orientarse al aprendizaje; procesos transversales, con profesionales de la educación trabajando como equipos docentes en red y aprovechando al máximo la tecnología para repensar los procesos educativos y pastorales.

Montserrat del Pozo es superiora general de las Misioneras Hijas de la Sagrada Familia de Nazaret y una reconocida pedagoga que apuesta por la innovación, que se traduce en «amar al alumno. El que ama siempre encuentra caminos. La intuición es la que ya ha puesto en marcha cambios muy significativos en varios colegios, por eso hay que estar atentos a la educación en el mundo, también en nuestro país porque se han iniciado procesos muy creativos de transformación, concretados en la creación de nuevos ámbitos de aprendizaje, en el diseño de un currículo diferente, en el ejercicio de un rol del profesor totalmente nuevo, más de acuerdo al de un tutor, un guía, en una nueva y flexible organización de centros donde todos aprenden, en el nuevo papel del alumno, protagonista de su aprendizaje, en la gamificación

CARLES RUBIO «Debemos reinventar la educación y debemos hacerlo con la participación de todos»

MANU ANDUEZA «Los maestros y profesores estamos en la escuela para hacer un mundo mejor»

llevada a las aulas, en una evaluación para el aprendizaje, muy diferente al solo examen».

«La creatividad pasa por cuestionarnos el para qué de la escuela y por encontrar respuestas desde la realidad», reflexiona Manu Andueza, coordinador del grupo de educación y justicia de Cristianismo y Justicia, «y en esta realidad debemos superar el concepto "escuela" para abrirlo a una nueva dimensión más amplia, incorporando al barrio, a otros agentes educativos y sociales...».

Compromiso educativo

¿La sociedad ha renunciado a su compromiso educativo y lo ha delegado únicamente en las escuelas y profesores? Manu Andueza lo ve claro: «La sociedad tiene un problema con la escuela desde su comprensión de la funcionalidad de esta. Parece ser que la escuela debe preparar para la vida en la sociedad y, de algún modo, debe reproducir la sociedad. Esto no es cierto.»

Para Andueza, «los maestros y profesores estamos en la escuela para hacer un mundo mejor. Esto significa que hemos de poner las herramientas y las bases para este nuevo mundo mejor. No debemos replicar nada, debemos construir nuevas maneras de relaciones y de conocimientos para este mundo mejor. Y esto pasa por la fraternidad, la paz y la justicia. Y debemos participar todos».

Por ello, toda la sociedad, afirma, «debe entender la importancia de la educación y debe colaborar para que sea posible. En cambio, parece que hemos dejado a la educación solo con la función de la instrucción. En este tiempo de Covid, la sensación de muchos de nosotros es que a la escuela se le da un papel de canguro para que los padres puedan trabajar. Y no es esto. No puede ser esto. Hay muchas demandas hacia la escuela y pocas ayudas reales».

«Todo educa, todos educamos.» Así lo cree Montserrat del Pozo, «por eso educar pide un pacto con todos, porque lo importante es que el proyecto educativo de mi colegio impacte, llegue a otros colegios, a las autoridades locales, a los empresarios, a las familias, a las ONG... de manera que toda la ciudad sea en verdad una ciudad educadora».

El Pacto Educativo Global que propone el Papa «nos impulsa a volver a una de las radicalidades irrenunciables de la Buena Nueva del Reino», considera Carles Rubio, «la persona sobre la ley, la organización y los reglamentos. También nos insta a construir colectivamente principios generalizables a cualquier cultura. Entre ellos, el respeto y el cuidado de las individualidades que constituyen a toda persona para desterrar aquellas prácticas abiertas o soterradas de clasificaciones, competencias, escalas, gratificaciones, aplausos, que son tremendamente contradictorias de la formación integral».

«Catástrofe educativa»

El papa Francisco nos habla de una «catástrofe educativa» que supone que haya aproximadamente diez millones de niños que podrían verse obligados a abandonar la escuela a causa de la crisis económica generada por la pandemia, aumentando una brecha educativa alarmante, con más de 250

Julia M. Cameron / Pexels

El Covid ha agrandado la brecha digital de manera preocupante.

Katerina Holmes / Pexels

La educación ha de tener en el centro a la persona.

MONTSERRAT DEL POZO «El crecimiento y la formación de la persona es demasiado importante para no darle el tiempo que requiere»

millones de niños en edad escolar excluidos de cualquier actividad educativa.

Manu Andueza confirma que se trata de «un hecho. A nivel global y a nivel local. Hemos visto cómo hemos perdido alumnos, cómo ha habido alumnos sin respuesta durante meses. A nivel global se deben aumentar las ayudas a países que las necesitan, para formación de maestros, para material, para posibilitar un estudio para todo el mundo. Y debemos aprender de centros de educación popular que lo han hecho y lo están haciendo muy bien».

A nivel local plantea como solución «poner más fuerzas en este alumnado perdido y a menudo olvidado. Desde las administraciones y desde la sociedad. Se debe colaborar y trabajar conjuntamente con otros agentes sociales y educativos».

El papa Francisco asegura que educar es un «acto de esperanza». Según Andueza, esta es la clave: «La esperanza nos ayuda a seguir adelante y nos ayuda a vislumbrar horizontes. Los que estamos en la educación sabemos que esta es la solución, quizás la mejor para conseguir un mundo mejor. Y no podemos perder la esperanza en la humanidad. Cada día es un recordatorio de esta esperanza. Cada mirada, cada deseo, cada niña y cada niño. La esperanza nos anima a tener un compromiso con la educación.»

Montserrat del Pozo está convencida de que la educación lleva consigo las mejores semillas de la esperanza. «Y las semillas, tal y como nos enseña la naturaleza, hay que cuidarlas. Son pequeñas, piden paciencia, cuidado cercano, atención, provisión de medios...» Como indica esta pedagoga, invertir en educación siempre es invertir en futuro. Y hay que tener en cuenta que «el crecimiento y la formación de la persona es demasiado importante para no darle el tiempo que requiere».

Educar en la esperanza supone creer en la educación y amarla, considera Carles Rubio: «Esta fe en la educación implica especialmente que los educadores crean en los jóvenes, que la sociedad confíe en los educadores y que unos y otros amen la institución educativa, la escuela. Creer en los jóvenes significa, antes que nada, acogerles en su propia vida y realidad.»

Este curso, singular y complejo, debe ser un estímulo, añade, para «no frenar la transformación de la escuela en un sistema que tiene como centro el aprendizaje de los niños, adolescentes y jóvenes y que da respuesta a los retos sociales. El esfuerzo, el compromiso y la implicación de toda la comunidad educativa y pastoral deben garantizar el acceso a la educación en condiciones de equidad, en escuelas seguras, con el mínimo riesgo asumible, conscientes de nuestra fragilidad, sin renunciar a ser portadores de esperanza y sentido».

«Competencia samaritana»

La Escuela Cristiana se ha hecho eco de la presentación del Pacto Educativo Global con un escrito del P. Enric Puig, s.j., secretario general de la Fundación Escuela Cristiana de Cataluña, publicado en la revista «Religión y Escuela».

El Pacto Educativo Global es una apuesta radicada en una educación llamada a ser fuente de esperanza para un mundo herido y para unas personas con frecuencia desnortadas. Una apuesta lúcida y consciente; que no se construye «en un escritorio»; que parte de la escucha de los descartados para que, conjuntamente, nos encaminemos hacia un mundo diferente con unos valores muy claros: el cuidado de la creación, la paz, la justicia, la bondad, la belleza, la acogida del otro y la fraternidad.

También hay que destacar la invitación a lo que se puede entender como una *competencia samaritana*; una educación que capacite a las nuevas generaciones para cargar con los males del fracaso en vez de acentuar los odios y resentimientos. Esta es una competencia que comporta una educación integral de la persona que va más allá de la mera instrucción propia de una reducción utilitarista o pragmática. Es un reto de educación en la sensibilidad social de los niños, los adolescentes y los jóvenes que implica revisar también los relatos y paradigmas a los que la escuela cristiana se puede haber acostumbrado o dado por descontado.

A la escuela cristiana, primero nos compromete con la dignidad de la persona humana, con cada una de ellas porque, en caso contrario, entraríamos en lo que el papa Francisco llama «cultura del descarte». Esta dignidad personal, que en otros casos puede partir de la pluralidad de concepciones humanistas, en la escuela cristiana encuentra su punto de apoyo y campo de trabajo educativo en los relatos de la Sagrada Escritura, en la Doctrina Social de la Iglesia y, fundamentalmente, en el encuentro de cada miembro de la comunidad educativa con Jesucristo.

> La escucha de los jóvenes reclama, a su vez, un diálogo con su principal entorno educativo, que es su propia familia

Por otro lado, este primer compromiso fundante comporta tomar en serio la escucha de la voz de los protagonistas del acto educativo: los jóvenes y sus maestros para la vida. También ellos son ya los actuales protagonistas del cambio que reclama este mundo enfermo. Esta escucha de los jóvenes reclama, a su vez, un diálogo con su principal entorno educativo, que es su propia familia.

Empoderar en esperanza a las nuevas generaciones también compromete a la escuela cristiana a la revisión de los relatos ruidosos que, desde diferentes ámbitos, no facilitan su atención. De aquí el compromiso educativo para el estudio de otras formas y maneras de actuar en la política, la economía o el desarrollo para que estén, de verdad, en perspectiva de una ecología integral que, inevitablemente, comporta una manera más responsable y sensible de estar y ser en esta casa común.

La educación en la sensibilidad social de los niños, los adolescentes y los jóvenes es todo un reto.